

LOS MISTERIOS DEL ROSARIO

*Vos enim in libertatem vocati estis*¹, habéis sido llamados a la libertad, escribe San Pablo en la epístola a los Gálatas: *in libertatem gloriae filiorum Dei*², a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Con su muerte de Cruz y su Resurrección, Jesucristo nos ha rescatado de la servidumbre del pecado y del imperio de la esclavitud: nos ha hecho hijos de Dios, hermanos y coherederos suyos: *no recibisteis otra vez un espíritu de servidumbre para el temor, sino que recibisteis el espíritu de adopción como hijos, con el cual clamamos ¡Abba! ¡Padre!*³. Y continúa San Pablo: *el pecado no os dominará (...), pues ahora, liberados del pecado y hechos siervos de Dios, dais vuestro fruto para la santificación, y su fin es la vida eterna*⁴.

La libertad espiritual, *con la que Cristo nos ha liberado*⁵, es uno de los frutos de la Redención: libertad profunda que hemos vivido en la Obra desde el principio. *La formación de la Obra hace brotar la libertad espiritual, de manera que la norma se haga vida en cada uno y las obras exteriores sean reflejo de un espíritu y no fruto de coacción*⁶. Sólo siendo libres interiormente podemos —mediante la gracia— servir a Dios y ha-

(1) *Galat.* V, 13.

(2) *Rom.* VIII, 21.

(3) *Ibid.*, VIII, 15.

(4) *Rom.* VI, 14 y 22.

(5) *Galat.* IV, 31.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 39.

cer actos meritorios que nos lleven a la santidad y a la eficacia apostólica. Por eso *todo nuestro plan de vida, nuestras Normas y nuestras Costumbres (...) no son medios rígidos, que presupongan una vida aparte, sino un método flexible, que se adapta de maravilla a cualquier vida de trabajo profesional intenso, como el guante de goma se adapta con perfección a la mano que lo usa* ⁷: sin estrecheces que ahogarían al alma entre escrúpulos e inútiles aprensiones.

A Jesús por María

La fuente de esta santa libertad de espíritu es el amor: *cuantos son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios* ⁸. El Espíritu Santo impulsa al alma enamorada por las amplias sendas de la vida interior y la lleva —*fortiter et suaviter* ⁹, con firmeza y sin violencia—, hasta las cimas de la santidad: vida de unión al Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo.

Somos almas contemplativas, con un diálogo constante, tratando al Señor a todas horas: desde el primer pensamiento del día al último pensamiento de la noche: porque somos enamorados y vivimos de Amor, traemos puesto de continuo nuestro corazón en Jesucristo Señor Nuestro, llegando a El por su Madre Santa María y, por El, al Padre y al Espíritu Santo ¹⁰. Esto es contemplación verdadera, vida interior rica y profunda: trato con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo que, aunque sólo lleguemos a incoar en la tierra, alcanzaremos plenamente en el Cielo. Y el camino para llegar a esa participación en la vida de la Trinidad es la Humanidad Santísima de Jesucristo, en quien *reside corporalmente toda la plenitud de la Divinidad* ¹¹.

Si el Señor vino al mundo, entre nosotros, pequeño y pobre, partícipe El también del escenario terrenal, quiere decir que podemos ir a El

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 22.

(8) *Rom.* VIII, 14.

(9) *Sap.* VIII, 1.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931, n. 59.

(11) *Colos.* II, 9.

por los senderos comunes de nuestra experiencia vivida y sensible (...). Si nos preguntamos cuál es el camino central y derecho de nuestro mundo terreno que nos conduce a la Humanidad de Cristo, en la que encontramos la revelación de Dios y nuestra salvación, la respuesta es inmediata y muy hermosa: ese camino es la Virgen, es María Santísima, es la Madre de Cristo y, por eso, Madre de Dios y Madre nuestra ¹².

La Virgen es la senda para llegar a Cristo y, por El, a la Trinidad Beatísima. Ella nos hace hijos suyos, primer paso para la identificación con el Señor: concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia. Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó filial asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la salvación eterna ¹³.

Honrando a la Virgen, siendo en verdad hijos suyos, imitaremos a Jesucristo: seremos *alter Christus*, o mejor, *ipse Christus*: el mismo Cristo. Porque María, que habiendo entrado íntimamente en la Historia de la Salvación, une en sí y en cierta manera refleja las más grandes exigencias de la fe, mientras es predicada y honrada atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio, y hacia el amor del Padre ¹⁴.

La oración preferida de la Virgen

Para ser hijos de María hemos de hacernos pequeños: *si no os hicieris como niños, no entraréis en el reino de los cielos* ¹⁵. Sólo los niños

(12) Pablo VI, *Alocución*, 21-XII-1966.

(13) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 61 y 62.

(14) *Ibid.*, n. 65.

(15) *Matth.* XVIII, 3.

tienen necesidad de una madre que los cuide, que los proteja, que vele por ellos. *Amigo mío: si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño. Ser pequeño exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños..., rezar como rezan los niños. Y todo esto junto es preciso para llevar a la práctica lo que voy a descubrirte en estas líneas: el principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima.*

—¿Quieres amar a la Virgen? —Pues, ¡trátala! ¿Cómo? —Rezando bien el Rosario de nuestra Señora ¹⁶.

Con el Rosario pretendemos rendir honor a María Santísima: el honor que le es debido, conforme a la excelencia de su ser y de su misión; honor singular, honor superior, honor que lamenta no poder jamás igualarse con el que el Señor le ha rendido y que el plan divino, que también descansa sobre Ella, merecería: honor que Ella misma presagió, cuando profetizó que todas las generaciones la llamarían bienaventurada ¹⁷.

El Rosario es la oración preferida de la Virgen, plegaria que infaliblemente llega a su Corazón de Madre y le hace derramarse en copiosas gracias. *No dejéis de inculcar con todo cuidado la práctica del Rosario* —escribía Pablo VI en una encíclica—, *la oración tan querida de la Virgen y tan recomendada por los Sumos Pontífices, por medio de la cual los fieles pueden cumplir de la manera más suave y eficaz el mandato del Divino Maestro: "pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán" (Matth. VII, 7) ¹⁸.*

Vuestro Rosario es como una escalera, y vosotros la subís en común, escalón a escalón acercándoos al encuentro con la Señora, que quiere decir al encuentro con Cristo. Porque ésta es una de las características del Rosario, la más importante y la más hermosa de todas: una devoción que a través de la Virgen nos lleva a Cristo. Cristo es el término de esta larga y repetida invocación a María. Se habla a María para llegar a Cristo. Ella lo trajo al mundo: es la Madre del Señor. Nos introduce hasta El si somos devotos suyos ¹⁹.

(16) *Santo Rosario*, sexta ed., pp. 14 y 15.

(17) Pablo VI, *Alocución*, 11-X-1963.

(18) Pablo VI, *Litt. enc. Mense maio*, 29-IV-1965.

(19) Pablo VI, *Alocución*, 10-V-1964.

La Virgen gusta de ser invocada con el rezo del Rosario que, según la etimología de la palabra, es una corona de rosas, costumbre encantadora que en todos los pueblos representa una ofrenda de amor y un símbolo de alegría ²⁰. Además, es el modo más excelente de oración meditada, constituida a manera de mística corona en donde la salutación angélica, la oración dominical y la doxología a la Augusta Trinidad se entrelazan con la consideración de los más altos misterios de nuestra fe: en él, por medio de muchas escenas, la mente contempla el drama de la Encarnación y de la Redención de Nuestro Señor ²¹.

Oración vocal

Meditación de los misterios y oración vocal: he aquí los elementos que componen el Rosario. Este modo de rezar exige una atención especialísima por parte del hombre, pues no sólo requiere que procure dirigir su espíritu hacia Dios, sino que se abisme en la meditación de lo que contempla, de suerte que saque de ella normas de buen vivir y alimento de su piedad ²².

Oración vocal. ¿Qué oraciones más aptas y más divinas podremos hallar? La primera es aquella plegaria que brotó de los labios del mismo Redentor cuando sus discípulos le pidieron: "enseñanos a orar" (Luc. XI, 1); es la súplica que contiene todo lo referente a la gloria de Dios y que resuelve todas nuestras necesidades corporales y espirituales. ¿Cómo es posible que el Padre Eterno no nos socorra y atienda, si usamos las mismas palabras que nos enseñó su Hijo? ²³. Podemos pedir lo que queremos: por las intenciones del Padre, por una labor apostólica, por un alma, por una necesidad personal o ajena. Y mientras con la boca recitamos el Padrenuestro y el Avemaría, podemos unirnos de corazón a las intenciones del Padre.

(20) Pío XII, *Alocución*, 16-X-1940.

(21) Juan XXIII, *Litt. enc. Grata recordatio*, 26-IX-1959.

(22) León XIII, *Litt. enc. Iucunda semper*, 8-IX-1894.

(23) Pío XI, *Litt. enc. Ingravescitibus malis*, 29-IX-1937.

La otra oración es la salutación angélica, que empieza con el elogio del arcángel Gabriel y de Santa Isabel a la Santísima Virgen, y termina con aquella súplica piadosa por la que imploramos que la Santísima Señora no nos abandone ahora ni en la hora de nuestra muerte ²⁴.

La oración vocal no es repetición rutinaria de las mismas palabras. ¡Qué lejos del camino de la verdad andan aquéllos que desprecian como fastidiosa esta plegaria, por la constante repetición de las mismas preces (...)! A esto hay que hacer notar, en primer lugar, que la piedad —lo mismo que el amor— no se cansa de repetir con frecuencia las mismas palabras, porque el fuego de la caridad que las inflama hace que siempre contengan algo nuevo ²⁵.

Es verdad que en el Rosario decimos siempre lo mismo, pero ¿no se dicen siempre lo mismo los que se aman?... ¿Acaso no habrá monotonía en tu Rosario, porque en lugar de pronunciar palabras como hombre, emites sonidos como animal, estando tu pensamiento muy lejos de Dios? —Además, mira: antes de cada decena, se indica el misterio que se va a contemplar. —Tú... ¿has contemplado alguna vez estos misterios? ²⁶.

Contemplación de los misterios

Contemplación de los misterios: ésta es el alma del Rosario, lo que hace posible que, con las mismas palabras, cada uno exprese su oración personal. Daos cuenta, hijas e hijos míos, de que tenemos en el *Opus Dei* pocos actos de piedad a los que hayamos de acudir juntos, y pocas oraciones vocales prescritas para todos. Esto es así porque huimos del anonimato, porque queremos un trato con Dios cara a cara, directo, sin miedo, que es la oración que no se cuaja en ruido de palabras: en conversación de hijo, de hermano, de amigo.

Oración, que se expresa frecuentemente en una mirada: mirarle y sen-

(24) *Ibid.*

(25) *Ibid.*

(26) *Santo Rosario*, sexta ed., p. 15.

tirse mirado; otras veces, en considerar la grandeza de Dios y nuestra pequeñez; otras, en contarle minuciosamente lo que El sabe muy bien, aquello que nos puede y nos debe agobiar, que es gloria suya, que no es interés nuestro, porque El tiene más empeño que nosotros ²⁷.

Considerando las escenas de la vida de Jesús y de María que nos propone la Iglesia, el Rosario no será rezo monótono, sino cauce personalísimo y libre donde esta Norma encuentre su perfecto cumplimiento: plegaria viva, diálogo personal del alma con Dios. *Toda la pedagogía divina de nuestra Madre la Iglesia —su doctrina y su liturgia— está encaminada precisamente a facilitar, a hacer posible al cristiano ese diálogo personal de fe, de amor, de adoración, de arrepentimiento, de petición; y aun cuando pone en labios de los fieles unas determinadas oraciones, la Iglesia quiere que cada uno se dirija a Dios personalmente, con corazón de hijo* ²⁸.

Con la consideración de los misterios del Rosario, la misma oración vocal queda vivificada; y la vida interior se enriquece con un hondo contenido que es fuente de oración a lo largo del día, contemplación callada de las verdades fundamentales de la fe cristiana. *El Rosario es el breviario de todo el Evangelio* ²⁹, práctica que nos hace revivir en un momento todo el ciclo litúrgico anual. En efecto, nos *presenta felizmente entrelazados los grandes misterios de Jesús y de María, como son los gozos, los dolores y los triunfos. Si los fieles repasan y contemplan ordenadamente, con piadosa meditación, estos augustos misterios, pueden sacar de ellos gran ayuda para alimentar la fe y defenderla de la ignorancia y de la peste de los errores, y para esforzar y sostener el alma. Pues de este modo, el pensamiento y la memoria del que reza, iluminados por las verdades de la fe, se aplican gustosísimos a los misterios, y fijos y discutiendo por ellos, no pueden admirar bastante la inenarrable obra de la Redención humana, llevada a cabo a tan gran precio y a tanto coste* ³⁰.

Además, la contemplación de los misterios *hace revivir la esperanza, porque con la consideración del triunfo de Jesucristo y de su Ma-*

(27) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 69.

(28) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 15.

(29) Pío XII, *Epist. Philippinas insulas*, 31-VII-1946.

(30) León XIII, *Litt. enc. Octobri mense*, 22-IX-1891.

dre, que se medita en la última parte del Rosario, se nos muestra el Cielo abierto y se nos invita a desear con ansia aquella patria bienaventurada (...). Y cuando languidece la caridad de tantos cristianos, ¿cómo no se inflamarán los corazones con el recuerdo de la pasión y muerte de nuestro Redentor y de las angustias de su atribulada Madre, consideradas en la segunda parte del Rosario? De este amor de Dios nacerá un intenso amor al prójimo, al considerar cuántos trabajos y dolores padeció Cristo para retornar a todos los hombres la herencia perdida ³¹.

Algo muy personal

El Santo Rosario es como un apretón de manos, como un saludo. La intensidad del apretón de manos depende del cariño que se tenga a la persona. Es una cosa personal ³². El gesto externo es siempre el mismo, pero diverso el significado: con palabras iguales, cada uno expresa a la Virgen sus propósitos más íntimos, su cariño personal de hijo pequeño. *En la Obra, somos muy amigos de la libertad, y también lo somos en la vida interior: no nos atamos a esquemas ni métodos, escribió nuestro Padre. Es indispensable adocrinar a vuestros hermanos de modo que —en libertad— digan su propia oración, para que pongan algo suyo, personal, en la vida interior, en el trato con Dios. Hay mucho —debe haber mucho— de autodeterminación incluso en la vida espiritual* ³³.

También en el modo de cumplir la Norma del Rosario nuestro Fundador nos enseñó a ejercitar la libertad interior que nos ganó Jesucristo; y así nos escribió: *para no coartar en lo más mínimo esa libertad —aun en el terreno de lo simplemente aconsejable—, me ha parecido conveniente que, en lo sucesivo, meditemos de otra manera los diez misterios del Rosario que no se recen vocalmente en el día. Se trata de decir diez jaculatorias, una por cada misterio: preferiblemente, cinco por la mañana y cinco por la tarde. Basta una breve consideración del misterio, que dé lu-*

(31) Pío XI, Litt. enc. *Ingravescentibus malis*, 29-IX-1937.

(32) De nuestro Padre.

(33) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 70.

gar a unas palabras —con el corazón, internamente—: una jaculatoria, que puede ser un texto de la Sagrada Escritura, una jaculatoria ya conocida, o cualquier otra cosa que venga a la mente y al corazón en aquel momento. No importa que sea siempre lo mismo: lo importante es que hagamos diariamente un poco de oración sobre los misterios del Rosario ³⁴.

En este modo de cumplir la Norma del Santo Rosario, vemos una oportunidad que el Señor nos ofrece para acrecentar nuestra vida de contemplativos en medio del mundo; y es, al mismo tiempo, una muestra más del espíritu de libertad que empapa la vida entera de la Obra. Cada uno puede hacerlo como quiera. Se trata, en definitiva, de contemplar las escenas de la vida del Señor y de su Madre. *Contemplándolas, entramos en comunicación íntima de pensamientos y de sentimientos con la doctrina y con la vida de Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, que vivió en la tierra para redimir, para instruir, para santificar: en el silencio de la vida oculta, hecha de oración y de trabajo; en los dolores de su bendita Pasión; en el triunfo de la Resurrección y en la gloria del Cielo, donde ahora está sentado a la derecha del Padre, siempre asistiendo y vivificando por el Espíritu Santo a la Iglesia que El fundó* ³⁵.

Contemplación pura, luminosa, rápida, de la vida del Señor y de María. Contemplación personal. *Cada día les prestaremos un nuevo servicio. Oiremos sus pláticas de familia. Veremos crecer al Mesías. Admiraremos sus treinta años de oscuridad... Asistiremos a su Pasión y Muerte... Nos pasmaremos ante la gloria de su Resurrección... En una palabra: contemplaremos, locos de Amor (no hay más amor que el Amor), todos y cada uno de los instantes de Cristo Jesús* ³⁶.

Frutos de esta devoción mariana

La contemplación de los misterios del Rosario llegará hasta lo más hondo del alma, pues *desde la plenitud de los misterios de Cristo se di-*

(34) De nuestro Padre, 5-XI-1966, en *Crónica*, 1967, p. 112.

(35) Juan XXIII, *Epístola apostólica*, 29-IX-1961.

(36) *Santo Rosario*, sexta ed., p. 16.

funde una viva luz sobre el espíritu del que reza. Cada uno advierte en cada misterio la oportuna y buena enseñanza para sí mismo, en orden a la santificación propia y a las condiciones en que vive: y bajo la continua iluminación del Espíritu Santo, que desde el fondo del alma en gracia "pide por nosotros con gemidos inenarrables" (Rom. VIII, 26), cada uno confronta su vida con el calor de la enseñanza que mana de aquellos misterios, y encuentra inagotables aplicaciones tanto para las necesidades espirituales como para los menesteres de su vida diaria ³⁷.

El alma, puesta frente al ejemplo del Señor y de su Madre bendita, se siente movida y reacciona con un afecto: una acción de gracias, una petición, un propósito, una jaculatoria, un acto de contrición, una simple mirada de cariño, una sonrisa filial o cualquier otra cosa que venga a la mente y al corazón ³⁸. A veces, ni siquiera se manifestará en algo concreto: será contemplación pura: amor en el Amor. Para ayudarnos, nuestro Padre quiso a veces darnos algún ejemplo práctico —sobreabundancia de su propia vida interior— de cómo sacar fruto de esta Norma.

Todos en Casa, hijos, rezamos el Rosario en un momento adecuado del día, en las circunstancias más diversas: en el trabajo, mientras vamos por la calle, en el tranvía. Ahora, además, lo contemplamos. ¿Queréis que contemplemos los misterios gozosos?

La Encarnación. Cuando Cristo se hizo hombre, se anonadó tomando nuestra carne, nuestra forma tan mezquina. Y yo digo: ¡qué humildad! Y me da vergüenza porque soy un soberbio... ¡Humildad de Dios!

La Virgen va a visitar a Santa Isabel. Ella, que es Madre de Dios, y lleva en su seno al Señor —su Hijo— va allí, con toda la humildad... ¡Humildad de la criatura!

El Señor aparece: se manifiesta a los hombres. Nace aquel Niño que no se puede valer por sí solo. Y nace, ¡con tanta pobreza! ¡tan desvalido!... ¡Más humildad de Dios!

La Virgen va a purificarse. ¿De qué se ha de purificar? ¡Si es Inmaculada, antes, en el momento, y después del nacimiento de su Hijo!... ¡Más humildad de la criatura!

(37) Juan XXIII, *Epístola apostólica*, 29-IX-1961.

(38) De nuestro Padre, 5-XI-1966, en *Crónica*, 1967, p. 113.

Finalmente, a base de una armonía entre la humildad de Dios y la humildad de la criatura, viene esa libertad, ese desprendimiento para abandonar todas las cosas de la tierra y seguir la voluntad del Padre de los cielos: el Niño se pierde y lo encuentran en el Templo ³⁹.

Si vivimos bien esta Norma, su eficacia santificadora pronto se dejará sentir en nuestra vida. *Con la frecuente meditación de los misterios, el espíritu, poco a poco y sin dificultad, absorbe y asimila la virtud en ellos encerrada; se anima de modo admirable a esperar los bienes inmortales y se siente inclinado, fuerte y suavemente, a seguir las mismas huellas de Cristo y de su Madre* ⁴⁰. Unidos por esta contemplación a Jesús y a María, tendremos más presencia de Dios, haremos con mayor perfección el trabajo ordinario, llegaremos a una mayor identificación con Jesucristo en las obras: habrá más unidad de vida.

* * * * *

Vivamos con responsabilidad esta devoción mariana, en cuya eficacia tanto confía la Iglesia. *Si algún día, al llegar la noche y hacer el examen, se ve que se ha olvidado el cumplimiento de esta Norma, se formula el propósito de cumplirla al día siguiente, pero ese día ya no se hace. Y en todo caso, en esto como en todas las Normas y Costumbres, su incumplimiento no lleva consigo pecado alguno ni falta; aunque sería manifestación de escasa piedad no irse acostumbrando a lo que ahora os indico, con el fin de armonizar una vez más nuestro amor a la libertad y nuestro espíritu contemplativo. En algún caso, puede ser muy útil tener como examen particular, durante una temporada, esta consideración de los misterios del Rosario* ⁴¹.

Si ponemos ilusión y empeño, nos ayudará a crecer eficazmente en santidad y a hacer más copiosos los frutos del apostolado.

(39) De nuestro Padre.

(40) Pio XII, Litt. enc. *Ingruentium malorum*, 15-IX-1951.

(41) De nuestro Padre, 5-XI-1966, en *Crónica*, 1967, p. 114.